

## CAPÍTULO VII.

Pectoral de los sacerdotes de *Coatlícue*.—El camino de los muertos.—El *Apanohuayan*.—El *Techichi*.—El *Tepe-lanomictlá*.—El *Iztepell*.—Paso de los muertos por el cielo del sol.—El *Cehuecayan*.—El *Itsehecayan*.—El *Temimualoyan*.—El *Tyolocualoyan*.—Explicación de estas mansiones.—La última mansión.—El *Mictlan*.—Duración del viaje de los muertos.—Manera de amortajar á los difuntos.—Filosofía mexicana sobre la muerte.—La lagartija verde *Cuetzpalin*.—Su útero astro.—Su relación con *Chalchiuhtlicue*.—La fecha 12 *Cuetzpalin*.—La pintura del Códice Borgiano y su explicación.—Metamorfosis de la *Cuetzpalin* en árbol florido.—La losa de la *Omeihuatl*.—Su descripción é interpretación.—Urna cineraria totonaca.—El *Mictlan* estaba en el norte de la vía-láctea.—Pintura del Códice Borgiano que lo confirma.—Influencia de la cronología en la teogonía.—Viaje de los muertos por los astros cronológicos.

Así como los sacerdotes de *Totec* usaban por pectoral el *Xipe*, debemos suponer que los de *Coatlícue* usaban una calavera. Que la calavera se usaba como adorno simbólico, no puede dudarse, pues hay muchas pequeñas y de diversas materias, cuyos taladros dan á conocer que se llevaban en collares como amuletos. Yo tengo en mi colección una de obsidiana y dos de hueso. Pero conocemos otras de mayor tamaño cuyos taladros son verticales, y por lo mismo debieron usarse al pecho. Éstas son de cristal de roca, materia preciosa, la cual acredita que eran insignias sacerdotales.

M. Hamy en la «*Galerie americaine du Musée d'ethnographie du Trocadéro*,» describe una de estas calaveras. Dice: «Es un trozo de cristal de roca que mide 0<sup>m</sup>10 de alto, 0.105 de ancho y 0.15 de largo, y no pesa menos de 2<sup>k</sup>750. Un obrero paciente lo ha convertido, no sin mucha pena, en una cabeza de muerto deprimida y alargada, agujereada de abajo arriba por un taladro de suspensión irregularmente cilíndrico de 0.033 de diámetro, cuyos bordes alcanzan á 0.042 en el vértice y solamente á 0.040 en la base.—La cabeza es ligeramente asimétrica; más abultada á la izquierda y por la parte de atrás, y más deprimida á la derecha: la base es completamente plana.—Los arcos sigomáticos están aislados por medio de dos agujeros cónicos, penosamente ejecutados arriba y abajo: las órbitas están hechas lo mismo, y forman un cono truncado, limitado al fondo por un plano regularmente circular.—Las fosas nasales se han hecho por medio de varios agujeros sobrepuestos. Las dos hileras de dientes, exactamente semejantes, están bastante separadas por una línea horizontal y profunda: marcas equidistantes aislan veintidos dientes, todos iguales, cuyos extremos son un poco indecisos en sus contornos.»

En mi colección hay una de estas calaveras de cristal de roca, que son bastante raras y en lo general muy pequeñas. La mía mide 0.05 de alto, 0.04 de ancho y 0.06 de largo. Está mucho mejor trabajada que la del Museo del Trocadero. El cráneo, echado en su frontal hacia atrás, está muy bien pulido, y en él se marcan sus diversas cisuras. Las cavidades de los ojos están perfectamente pulidas. Tiene siete dientes

superiores y siete inferiores, formados por incisiones muy parejas. No es plana por la parte de abajo como la del Trocadero, sino que está también perfectamente labrada. Su taladro es vertical, y se compone de dos conos truncados, hechos uno de abajo arriba y el otro de arriba abajo, los cuales se unen en el centro. Ésto acredita su uso como pectoral de los sacerdotes de *Coatllicue*.

Pero indagemos por qué una calavera representaba en el culto á la vía-láctea, y por qué era ésta la deidad de los muertos. Para ésto tenemos que recurrir á la segunda pintura del Códice Vaticano, parte inferior de la primera lámina en la edición de Kingsborough.

El camino de los muertos está representado en el Códice Vaticano por medio de ocho grupos jeroglíficos. Veamos cómo los explica el Intérprete. (1) El primer grupo representa un río, y sobre él la cabeza de un perrillo. El Intérprete lo traduce diciendo únicamente: «*Apano-Huaya, il passagio dell'aqua.*» *Apanohuayan* significa propiamente el camino sobre el agua. Para entender bien ésto, debemos recurrir á Sahagún. En el capítulo donde trata de las exequias á los difuntos, dice: «Hacfan asimismo al difunto llevar consigo un perrito de pelo vermejo, y al pescuezo le ponian hilo flojo de algodón: decian que los difuntos nadaban encima de un perrillo cuando pasaban un río del infierno que se nombra *chicunaoapa*.» (2) Según la leyenda, los perros de pelo blanco ó negro no pasaban el río, porque los primeros decían *ya me lavé*, y los segundos *estoy manchado*. Cuando el difunto llegaba á la orilla del *Apanohuayan*, si el perro lo conocía por su amo, lo pasaba á cuestras nadando. Llamaban á estos perrillos *techichi*. (3)

Debemos hacer una reflexión. No se trata del paso de las ánimas á la otra vida, como han creído cronistas é historiadores: aquí todo es material; el difunto, su cuerpo, llega al río, y su *techichi* lo pasa nadando á la otra orilla.

Esta primera morada de los muertos corresponde al primer cielo: y veremos en los demás pasos, cómo aquellos iban subiendo por los cielos hasta encontrar su última mansión. La explicación, pues, del primer grupo jeroglífico del camino de los muertos es sencilla: representa el río *Apanohuayan* y el perrillo *techichi* que los pasaba, y corresponde al primer cielo adonde llegaban los muertos en la primera etapa de su viaje.

El segundo grupo se compone de dos montañas, las cuales se figura que chocan una contra otra: por en medio de ellas pasa el muerto. El Intérprete dice: «*Tepetli-Monanamycia, montagne che si congiungono.*» El verdadero nombre es *Tepetlamonamictia*. Sahagún cuenta (4) cómo en las ceremonias fúnebres ponían los sacerdotes unos papeles al difunto y le decían: «Veis aquí con que habeis de pasar en medio de dos sierras que están encontrándose una con otra.» Sabemos, pues, cual es la significación de este grupo jeroglífico. ¿Pero qué idea expresa? ¿A qué región se refiere? Para comprenderlo recurramos á otra pintura del mismo Códice Vaticano. (5) *Totec* guía á *Quetzalcoatl*: frente á ellos están las dos montañas que chocan entre sí, por en medio de las cuales pasan varios hombres: y á la pintura siguiente se ve ya á este dios resplandeciendo en el cielo como estrella de la mañana. ¿No podrá por lo mismo creerse que el *Tepetlamonamictia* se refiere al segundo cielo, al *Ilhuicatl-Citlalco*, al cielo de las estrellas?

(1) Tavola, II.

(2) Historia, tomo I, pág. 262.

(3) *Techichi* literalmente significa perrillo de piedra. Tengo en mi colección uno muy pequeño, bermejo, de sílex, encontrado en una yácata de Michoacán.

(4) Loc. cit.

(5) Pág. 15.

El tercer grupo jeroglífico, referente al tercer lugar de paso de los difuntos, representa un cerro con navajas. El Intérprete lo llama «*Istepell, montagne de rasori.*» En efecto: navaja de obsidiana se dice *iztli*, y cerro *tepetl*; de manera que fonéticamente el grupo jeroglífico dice en verdad *Istepetl*. Pero en la escritura sagrada de los mexicanos había siempre dos sentidos: el uno vulgar y perceptible para el pueblo, el otro alegórico y simbólico, conocido únicamente de los sacerdotes. Bien lo explica Sahagún al hablar del calendario, en el siguiente pasaje: (1) «Los indios que bien entendían los *secretos* de estas ruedas y calendarios, no los enseñaban y descubrían sino á muy pocos...» Y adelante agrega: (2) «Esta cuenta alcanzábanla solamente los adivinos y los que tenían habilidad para aprenderla, porque contiene muchas dificultades y obscuridades. A estos que la sabían llamábanlos *Tonalpouhque*, teníanlos en mucho y honrábanlos en gran manera; mirábanlos como profetas y sabidores de las cosas futuras, y así acudían á ellos en muchas dudas...» Bien claro se ve cómo la escritura jeroglífica sagrada no era inteligible para el pueblo en su sentido metafórico. Comprendía solamente de ella el sentido vulgar. Así en el grupo que nos ocupa, veía únicamente un cerro erizado de pedernales. Por ésto el Intérprete lo llama tan sólo *montagne de rasori*.

Pero busquemos nosotros la verdadera significación de ese grupo jeroglífico. El cerro, en la escritura, no siempre significa ni suena *tepetl*: muchas veces expresa no más la idea de lugar. Podemos poner como ejemplo el jeroglífico de Aztlán al principio del Códice Aubin; y otros muchos hay en la nómina de tributos del Códice Mendocino. El Sr. Peñafiel, en las «Consideraciones generales» que preceden á su «Catálogo alfabético de los nombres de lugar pertenecientes al idioma nahuatl,» explicando la terminación *tepec*, común á varios de esos nombres, dice: «*Tepec*.—Una de las más frecuentes terminaciones fonéticas de los nombres de lugar, compuesta de *tepetl*, cerro, y de la posposición *c* que designa lugar: en la escritura jeroglífica se expresa *tepec* por medio de un *signo* y no por la representación figurativa de cerro ó montaña; ese mismo signo puede dar las sílabas *te-pe* al principio de dicción: *tepec* como terminación es sinónimo de *can*, de *co*, de *c*, de *tla* ó *tlan*, de *titlan*, y aun de las finales de los nombres verbales de lugar en la escritura jeroglífica, como se observa en el Códice del Duque de Osuna; pero en el de Mendoza esa terminación generalmente es nominal é indica siempre el lugar habitado ó poblado.» (3) El signo *tepetl*, pues, significa lugar; y no siempre da su sonido en la escritura jeroglífica, como puede verse en varios nombres del Códice Mendocino, reproducidos por el Sr. Peñafiel en su «Catálogo alfabético.» Por ejemplo: en la primera página, Acaticpac y Acayocan; en la cuarta, Atlapulac; en la quinta, Aztaquemecan; en la sexta, Cempoalan; y en las últimas, Xoxontla, Yeohuitzquilocan, y otros que hay en las intermedias. Todos los jeroglíficos de estos nombres tienen el signo de *tepetl*; y como se ve, no suena, y en ellos solamente expresa lugar. Tenemos ya, por lo tanto, el primer elemento de nuestro grupo jeroglífico: el cerro, *tepetl*, que significa lugar. Veamos el segundo: los pedernales, *iztli*.

Ya hemos visto varias veces cómo *iztli*, pedernal, significa lo mismo flecha ú obsidiana, que ojo ó luz. De tal manera, si unimos los nombres *iztli* y *tepetl*, lo cual nos da *istepetl*, este nombre compuesto tendrá dos significados: uno vulgar, conocido por los profanos y repetido por el Intérprete: cerro de las navajas; y otro simbólico, cuyo conocimiento estaba reservado en los misterios del templo, *lugar de luz*. Ahora bien: ¿qué mejor nombre, lugar de luz, podía darse al cielo del sol, al *Ilhuicatl-Tonatiuh*?

(1) Historia, tomo I, pág. 343.

(2) Ibid., pág. 344.

(3) Pág. 33.

Luego el tercer lugar de paso de los difuntos era por el tercer cielo, por el *Iztepill*, por el *Ilhuicatl-Tonatiuh*.

La cuarta mansión de los muertos está representada en el Códice Vaticano por el signo jeroglífico de la nieve, ó más bien, como en estas regiones no nieva, por el símbolo de las heladas. El Intérprete llama á este lugar *Placoocoe Tlacaya*. Como este signo jeroglífico semeja la forma de una culebra, creemos que á este lugar se refieren las siguientes palabras de Sahagún (1) dirigidas al difunto: «Veis aquí con que habeis de pasar el camino donde está una culebra guardándolo.» No entendemos el nombre dado por el Intérprete, y lo creemos estropeado en la impresión. El verdadero es *Cehuécayan*, lugar donde hiela ó nieva, derivado del verbo *cehuetzi*, helar.

De esta mansión pasaban los muertos á otro lugar, representado en el jeroglífico por medio de tres navajas. El Intérprete lo llama *Itzehécayan*. (2) A este propósito, continúa refiriendo Sahagún cómo los sacerdotes daban nuevos papeles al difunto y le decían: «Veis aquí con que habeis de pasar el viento de navajas que se llama *itzehécaya*; porque el viento era tan recio que llevaba las piedras y pedazos de navajas. Por razón de estos vientos y frialdad quemaban todas las petacas y armas y todos los despojos de los cautivos que habían tomado en la guerra, y todos sus vestidos que usaban: decían que estas cosas iban con aquel difunto, y en aquel paso le abriganaban para que no recibiese gran pena. Lo mismo hacían con las mujeres que morían, porque quemaban todas las alhajas con que tejían ó hilaban, (3) y toda la ropa que usaban, para que en aquel paso las abrigase del frío y viento que allí había, al cual llamaban *itzehécaya*, y el que ningún ható tenía, sentía gran trabajo con el viento de este paso.»

Notable es cómo se confirman en todo las ideas materialistas de los mexicanos. No es el alma la viajera á través de las estancias citadas: es la misma materia sensible del difunto, á la cual hay que acompañar sus ropas, á fin de resguardarla del frío del camino de los muertos.

La mansión siguiente ó lugar de paso, se expresa en el jeroglífico por un hombre flechado, y el Intérprete la llama *Temimina-Loya*, lugar donde se flecha. Parece corresponder al lugar ó paso, para el cual los sacerdotes, según el relato de Sahagún, daban nuevos papeles y decían al difunto: «Veis aquí con que habeis de pasar ocho páramos,» y más dábanle otros papeles diciéndole: «Veis aquí con que habeis de pasar ocho collados.»

De esta mansión *Temiminaloyan*, pasaba el muerto á un lugar representado en el jeroglífico por un tigre comiendo un corazón. El Intérprete lo llama *Teocoycualoya*; pero el verdadero nombre es *Teyolocualoyan*. (4)

(1) Loc. cit.

(2) Debemos hacer notar, que el Intérprete trastorna el orden de esta mansión y la anterior.

(3) Se refiere aquí Sahagún principalmente, á los malacates ó husos que empleaban para hilar, y á las lanzaderas que usaban para tejer. Los primeros eran generalmente de barro; aunque he visto uno de plata. Casi todos estaban adornados con labores de grecas ó figuras cronológicas; al grado de que han sido el principal elemento empleado por el Sr. Peñafiel para dar á conocer la ornamentación mexicana. Yo tengo en mi colección, entre otros muchos, dos finísimos, en los cuales las figuras, una mona en uno y cinco cabezas de águila en el otro, están hechas rebajando el barro y puliendo después los relieves, al extremo de hacerlos parecer mármol por su tersura. En cuanto á los devanadores ó lanzaderas, son más raros. Yo tengo tres: uno de madera de zapote, otro de hueso liso, y un tercero de hueso labrado primorosamente.

(4) Alarcón, en su «Tratado de supersticiones de los indios,» en el capítulo primero, habla de unos brujos ó nigrománticos, cuyo empleo era hacer mal al corazón de los hombres, y los llama *Teyolloquanes*. La ortografía del Intérprete debió trastornarse en la copia ó impresión.

Si las tres primeras mansiones de los muertos corresponden á los tres primeros cielos en su orden de proximidad á la tierra, lógico es que estas cuatro correspondan á los cuatro cielos siguientes; es decir: á los cielos de los cuatro puntos cardinales. La primera mansión sería, pues, el cielo del sur: y se explica su representación por medio del símbolo de la nieve ó de las heladas, porque en el sur reside el dios *Ehecacatl*, señor de los vientos. Las dos mansiones inmediatas serán los cielos de occidente y oriente, ambos representados por las navajas y flechas de obsidiana, *istli*, las cuales simbolizan la luz del sol cuando nace y cuando se pone: y por esta razón flechas y navajas no son en el jeroglífico negras como la obsidiana, sino rosadas como el cielo de los crepúsculos.

La idea de los mexicanos de que el difunto viajaba corporalmente por estas mansiones, se confirma en la séptima, ó sea el cielo del norte. Una fiera le devoraba el corazón, y allí verdaderamente moría: por esto preside ese cielo, en la pintura jeroglífica, el dios *Miclantecuhli*; y por esto también el norte se llama *Mictlampa* ó lugar de los muertos.

De ahí pasaban á confundirse con la eterna materia creadora, á la octava y última mansión. El Intérprete la llama *Izmictlan-Apochcaloca*, cuya significación es: *en donde está el camino que va á la casa sin respiradero, donde muere ó acaba la luz*. Sahagún refiere cómo los sacerdotes decían en este paso al difunto: «Veis aquí con que habeis de pasar á donde está la lagartija verde que se dice *xochitonal*.» *Xochitonal* significa el día *Xochitl*, último del año ritual del *Tonalamattl*, y por lo mismo símbolo del fin de la vida.

Tezozomoc, en su Crónica Mexicana, al hablar de las exequias de Tizoc, página 454, llama á esta última mansión de los muertos, «*Xiuhmoayan*, en el lugar y paraje donde nadie sabe, en eterno olvido, en la parte siniestra donde no hay calle ni callejon, *yuatlecalocan*, en *chicnauhmicltlan*, en el noveno infierno;» y después, en la página 569, dice: «*Xiuhmohuayan*, al eterno del olvido.»

Debemos advertir que Sahagún trastorna el orden de las mansiones, sin duda por mala explicación de los indios á quienes consultó. Esta última mansión está representada en la pintura jeroglífica por un cuadrado obscuro, en donde se ve el cuerpo del difunto rodeado de una figura verde, extraña y mal dibujada, que sin duda es la lagartija de que habla Sahagún. Dice éste, (1) que para llegar á la última mansión, el muerto pasaba el río *Chicunahuapan*, después de lo cual se presentaba á *Miclantecuhli* y le ofrecía los papeles que llevaba, y manojos de teas y cañas de perfumes, é hilo flojo de algodón, y otro hilo colorado, una manta, un *maxtli*, y las enaguas y camisas si era mujer. Si esta mansión era el cielo inmediato, el *Mictlan* estaba en la vía-láctea.

Los cronistas, siguiendo la idea cristiana, ponían el infierno indio, como llamaban al *Mictlan*, en el centro de la tierra, según ya antes habíamos dicho. Torquemada, (2) queriendo explicar á su manera la etimología del nombre del templo *Tlalxico*, (3) antes mencionado, dice: «En el ombligo de la Tierra, y con mucha raçon, . . . es cosa ave-

(1) Loc. cit.

(2) Monarquía Indiana, tomo II, pág. 143.

(3) En este templo, como ya hemos visto, funcionaba un sacerdote pintado y vestido de negro, tal vez para significar la obscuridad de la noche eterna. A uno de estos sacerdotes debió pertenecer un pendiente ó pectoral de mi colección, del cual ya he hablado, y que se compone de tres grandes cascabeles de plata barnizados de negro, en forma de tres cabezas con el cabello jalado hacia arriba, á manera de mitra, hasta acabar en punta, y con los ojos cerrados, modo de expresar la muerte entre los antiguos indios.

riguada, según Doctrina Católica, que el Infierno está en las entrañas de la Tierra...» El Sr. Orozco y Berra (1) coloca también el *Mictlan* en el centro de la tierra; pero encuéntrase con la dificultad de que el norte se llamaba *Mictlampa*, y pretende resolverla considerando el norte, no como el sitio, sino como el rumbo seguido por los muertos para ir á su última morada.

A pesar de estas preocupaciones religiosas, causa y origen de tantos errores introducidos en nuestra Historia, el mismo Torquemada no puede menos de decir en otro lugar: (2) «Verdad es, que según el vocablo que en su lengua usan los mexicanos, para lo que nosotros llamamos Infierno, que es lugar de los dañados, estos dicen Mictlan, bien podemos inferir que á la parte del Norte, por ser lugar umbroso, y obscuro, que no lo baña el Sol, como al Oriente, y Poniente, y Mediodía, ponían ellos el Infierno, porque Mictlan propiamente quiere decir, lugar de muertos, y es (como se ha dicho) lo que nosotros llamamos Infierno, que es lugar de los que para siempre mueren, y á la Region, ó la parte del Norte, llaman los Indios Mictlampa, que quiere decir, ácia la vanda, ó parte de los muertos. De donde bien se infiere, que ácia aquella parte ponían ellos el Infierno.» (3)

Este párrafo de Torquemada está copiado de Mendieta, (4) gran conocedor de las antiguallas de los indios. Debemos, pues, quitar el *Mictlan* del centro de la tierra, y llevarlo á la parte del norte del firmamento. Y por cierto el viaje á esa región, no de las almas como se ha pretendido, sino material y de los cuerpos de los difuntos, no se efectuaba en un solo día, pues era necesario para hacerlo el largo período de cuatro años. (5) Por eso hasta el cuarto año no terminaban las exequias: y entonces, «se acababan y fenecían los difuntos,» como dice Sahagún. (6) En un manuscrito citado por el Sr. Ramírez, se llama á este último lugar *Chiconauhmicltan*, «en donde los difuntos son aniquilados y se vuelven en la nada.»

(1) Historia antigua de México, tomo I, páginas 48 y 50.

(2) Op. cit., tomo II, página 81.

(3) El Duque de Loubat, incansable en sus publicaciones sobre nuestra Historia Antigua, acaba de dar á luz en Roma, en lujosísima edición, la «Clave general de jeroglíficos americanos de Don Ignacio Borunda.» En esta obra, escrita en un estilo imposible y con un plan preconcebido, y por lo mismo plagada de errores, dice su autor lo siguiente, que copiamos para que se vea hasta dónde conduce el adoptar un sistema, en vez de buscar la verdad sin preocupación (página 82): «Por estylo semejante figurado se expresaba al Norte en esta Ciudad quando era de Naturales, tratándolo de *Mitlampa*, en donde *pa*, acaba *tlami*, la flecha *mill*, alusiva á la del Sol en punto de medio día, simbolizada en el distintivo de un Picacho de la Serranía del Norte.... Por no entendida la alusión del Norte de esta Ciudad, ha venido copiado hasta nuestros días el error de impresion con que se asentó en el Diccionario augmentado con *c* y por ella escrito *Mictlampa* quando á su parte principal componente *mictlan* augmentado tambien con el vicio general de *n*, se refería por significativa del Infierno, sin discernimiento tampoco de la antonomasia que envuelve el compuesto *mictla*, lugar abundante manifestado en el *tla*, de quien muere *mictli*, porque la mayor parte de las gentes se condena....»

(4) Historia Eclesiástica Indiana, página 94.

(5) El Intérprete, comentando la lámina LXV del Códice Vaticano (Kingsborough, tomos II y V), dice: «hacían fiesta á sus difuntos, y les ofrecían comida y bebida sobre su sepultura... hacían esta fiesta á los difuntos los cuatro años primeros después de su muerte; porque creían que hasta pasados estos cuatro años, estaban en lugares de mucho trabajo; y que pasados, iban á otro, donde tenían un cierto modo de descanso á su manera... y por esto sepultaban á sus muertos vestidos y calzados, pues creían que de todo eso necesitaban para el trabajo de aquellos cuatro años; y si el muerto era hombre principal, mataban con él un esclavo el día de su muerte, para que le fuese á servir.»

(6) Historia, tomo I, pág 265.

Para completar los datos relativos á este punto, veamos cómo amortajaban los indios á sus muertos. Las momias y esqueletos encontrados en los antiguos sepulcros están sentados y con los muslos pegados al pecho. Aun cuando generalmente los indios quemaban los cadáveres, pues el fuego creador debía ser el fuego destructor, ponían en ollas los huesos y cenizas restantes, (1) y hacían con ellos bultos forrados de mantas y atados, los cuales semejaban la misma postura. Quien quiera formarse de ésto idea exacta, puede ver en el Apéndice del Atlas del P. Durán las láminas XIII y XIV, las cuales son reproducción de dos pinturas del Códice Ixtlilxochitl de la antigua colección de M. Aubin, hoy de la propiedad de M. Goupil. En la primera está el bulto semejando la forma dicha, debajo una calavera, símbolo de *Mictlancihuatl*, y á los lados los dolientes, unos llorando y otros dirigiendo la palabra al difunto. Se ve el bulto rodeado de los papeles que le daban para el viaje; á su izquierda están los alimentos que durante él debía consumir; y lleva al cuello sus joyas, un collar de chalchihuites con medias lunas de oro. En la segunda lámina, por tratarse de persona de más condición, el bulto está envuelto en riquísima manta, y rodeado de numerosas joyas de oro, chalchihuites y costosas plumas de quetzal. (2)

Ya con todos estos datos, estudiemos ahora cuál era la filosofía de los mexicas en cuanto á la muerte se relacionaba.

La materia madre era la vía-láctea: era, digámoslo así, el núcleo productor de la materia cósmica. Por influencia del fuego creador, esa materia tomaba vida en el seno de la mujer. Por eso á la parturienta le decían: (3) «*Nochpotzin, ahmo ximotequipacho, ximochicahua ca nican mehuiltitica in nantli in tatli;*» que quiere decir: «no te aflijas, hija mía, esfuérate, que aquí está presente el Padre y la Madre.» Y agrega Serna: «Llaman al fuego Padre y Madre; y que confie en él, que como tal la esforçará, y acudirá en su trabajo.»

A la muerte, la materia hombre convertida en materia difunto, y la mayor parte de las veces purificada por el fuego, vuelve á atravesar los cielos, y á confundirse con el gran núcleo material de la vía-láctea, en el *Mictlan*, «en que los difuntos son aniquilados, y se vuelven en la nada.» Como se ve, condenados los mexicas á un terrible fatalismo, no había para ellos inmortalidad, ni castigos y premios eternos, ni siquiera espiritualismo: su filosofía es una especie de Panteísmo materialista, en el cual la materia siempre está produciendo, y recibiendo la materia muerta para darle nueva vida. Es una fuerza incansable que todo lo crea, y todo lo destruye, y todo lo renueva, sin cuenta de espacio y sin cuenta de tiempo, infinita y eterna.

Ya estas ideas nos explicarán el por qué usaban los indios manera tan singular de amortajar á sus muertos. El hombre al morir debía tener la misma postura que tuvo en el seno de la madre, porque había salido de la nada en la *Citlalicue*, y en ella otra vez volvía á la nada. Tan extraña, y en su extrañeza sublime concepción, representada está por manera elocuente en una pequeña joya de oro, de las por mí coleccionadas. Figura un cuerpo de muerto con los muslos pegados al pecho, dentro de una

(1) Sahagún, loc. cit.

(2) El dominicano Ríos, comentando la figura 3 de la lámina I de la parte I del Códice Telleriano-Remense (Kingsboruogh I-V), dice: «La nación Mixteca, y Çapoteca, y Mixes, hazian las honras á sus difuntos casi al modo de los Españoles porque ponian una tumba cubierta de negro, y al rededor de ella mucha comida. La manera del enterrar los muertos era á nuestro modo, los pies del difunto hazia el oriente, y despues que estaban cubiertos los cuerpos, sacavan los huesos de la sepultura, y echavan en unos osarios que tenian hechos de argamasa, en los patios de sus templos. Esta era la Nación Mixteca, y Çapoteca, porque los Mexicanos no los enterraban, sino quemaban los huesos.»

(3) Manual de Sacramentos, página 279.

mariposa con las alas plegadas. Recordemos que la vía-láctea *Cittalicue*, se llamaba también *Izpapalotl*, mariposa de luz, la cual aquí pliega sus alas como símbolo de la muerte.

Pero para dar mayor confirmación á las ideas expuestas, estudiemos qué relación había entre la lagartija de que nos habla Sahagún, y la misma vía-láctea.

La lagartija *Cuetzpalin* era uno de los veinte signos cronológicos del calendario nahuatl, el cuarto en orden en el sistema mexicana. No es raro encontrar en monumentos y aun en rocas, esculpidas lagartijas con los numerales correspondientes: entonces representan simplemente una fecha que se quiso conmemorar. Como amuleto, tengo en mi colección una, ya antes citada, traída del Palemke. Mide de largo unos siete centímetros. Por un pequeño agujero que tiene el labio inferior, se comprende que de ahí se colgaba al pecho. Es de mármol verde. Sus ojos y paladar son de coral. Sobre el cuello tiene incrustadas dos líneas, al parecer de marfil fosil; y sobre ellas, incrustadas también, dos pequeñas turquesas circulares. En el vientre lleva esculpido un jeroglífico palemkano, y en el útero grabado un astro. En la parte inferior de cada una de sus dos patas, tiene en el centro una línea, sobre ella dos puntos, y debajo uno. Las manos están rotas. Esta preciosa antigüedad nos da desde luego una idea. Su útero es un astro: es la paridora de astros, la vía-láctea que los crea. Las líneas y puntos de su cuello hacen el numeral doce, y con la figura la fecha doce *Cuetzpalin*. Esto nos enseña algo. Si recurrimos al *Tonalamatl* publicado por M. Aubin, hallamos en él á la lagartija siempre de color verde. En la quinta pintura preside la diosa *Chalchiuhlicue*. Se la ve en el cuadro superior tomando por la cabellera con la mano derecha una cabeza de muerto; y en su cauda de agua van hombres y joyas, manera simbólica de representar cómo la muerte á todos arrastra, sin distinción de edades ni riquezas. De aquí podemos inferir, que dedicada estaba esta trecena á la deidad de la muerte, á la diosa del *Mictlan*. Pues bien: en ella concurre el día 12 *Cuetzpalin*, y lleva por acompañado á *Tletl* el fuego nocturno; de manera que asisten juntos en ese día, los dioses de la muerte. (1)

En el *Tonalamatl* del Códice Vaticano, (2) en la lámina 24, está igualmente la *Cuetzpalin* acompañada del *Tletl* nocturno; pero la deidad que preside el octiduo es muy significativa: es una cara blanca sin más facciones que la boca pintada de negro, con naricera dorada, tocado de plumas y adornos de papel. ¿Es representación del *Mictlan*, ó de la diosa que lo preside? Notemos cómo al rededor de la boca, en las dos quijadas, está pintada de negro. Pues bien: en mi colección tengo una quijada barnizada de hule negro, manera que usaban de aderezar las calaveras.

En la pintura correspondiente del Códice Telleriano-Remense (3) está también la fecha 12 *Cuetzpalin* acompañada del *Tletl* nocturno, y preside la trecena la diosa *Chalchiuhlicue*, y en su cauda de agua va una petaca, símbolo de las riquezas, un guerrero con sus armas y una mujer. «Como que se los lleva el agua, dice el domi-

(1) Es notable que un sapo de piedra que hay en el Museo, tenga también un astro en el vientre, á semejanza de la lagartija de Palemke. El catálogo lo describe así: «232 y 233.—Dos sapos de piedra (*Bufo*). El Sr. Herrera hace observar que en la parte superior de la cabeza y atrás de los ojos, hay dos círculos de medio relieve que representan las glándulas ponzoñosas ó parótidas. El ejemplar número 232 es muy notable: tiene esculpido sobre el pecho el símbolo de la piedra preciosa *Chalchihuitl*.» Este símbolo, como veremos en su oportunidad, es de uno de los astros cronológicos. Las glándulas ponzoñosas bien expresan la muerte, y son simbólicas de su deidad. De manera que la lagartija y el sapo nos resultan sinónimos. Esto es más notable en uno pequeño de oro macizo, que tengo en mi colección; pues visto por un lado es sapo, y por el otro calavera.

(2) Kingsborough, tomo II.

(3) Id., tomo I.

nicano Ríos, (1) por manera que aunque fuesen ricos y trabajadores, todo se había de perder.»

El Códice Borgiano nos va á dar mayor luz. En los cuadretes de los veinte signos de los días, en el inferior de la izquierda de la página 10, pintura de la cual ya hemos hablado y que aún tendremos que citar otra vez por su gran importancia, está el signo lagartija como figura principal. La *Cuetzpalin* en este Códice tiene la mitad superior del cuerpo verde, la otra mitad roja y los pies y las manos amarillas. Recordemos que el amarillo y el rojo eran los colores simbólicos del fuego. En la pintura citada la *Cuetzpalin* se ve frente al dios rojo *Izcozauhqui*, y entre ellos hay una estrella con cuatro círculos. Fábrega (2) no da ninguna explicación de la *Cuetzpalin* al describir esta pintura. Para nosotros son las dos deidades creadoras, el fuego *Xiuh-tecuhtli* y la vía-láctea *Cuetzpalin*, y los cuatro circulillos, como los llama Fábrega, son los cuatro astros cronológicos por ellos creados, y desprendidos de la materia de ésta. Otra pintura del mismo Códice es más expresiva: el primer cuadrete de la línea de en medio de la página 14. Fábrega (3) lo describe de la siguiente manera: «CUARTO SIGNO DIURNO: LAGARTIJA.—CUARTO NOCTURNO: SEÑOR DE LAS ESPIGAS DE MAÍZ. 39.—Cuadro cuarto, el izquierdo de la faja del medio, señalado con el signo diurno *cuetz-pallin*. La figura varonil que de la izquierda camina para la derecha, es el signo nocturno *Centeuctli* ó Señor de las espigas de maíz, también llamado *Centeuhiohua*, es decir, Señor de las mazorcas que domina la noche. Sobre su *copilli* ó yelmo se ven las mazorcas que le dan su nombre. Su rostro amarillo tiene raya negra en forma de Z desde la sien hasta el ojo y el carrillo. La enigmática planta que delante de él está, tiene por base ó raíces la cabeza de una serpiente ó reptil: en su tronco y tallo se ve un hacesillo de hierba semejante al que ofrece *Centeuctli*; los ramos inferiores del vegetal tienen flores en boton, abiertas ya, y asteroides en los dos ramos de arriba.»

Debajo de la deidad de esta pintura, que lleva en la mano el símbolo de la noche, porque aquí está haciendo función de acompañado nocturno, se ve la *Cuetzpalin*. La figura que tiene enfrente es la misma *Cuetzpalin* metamorfoseada en un árbol florido; en su cuerpo está también el símbolo de la noche, y termina en dos ramas con estrellas, que son las dos ramas ó ramales de la vía-láctea. (4) Así cuando los muertos llegaban adonde estaba la lagartija, era que perecían en la vía-láctea.

La representación de la página 10, de las dos deidades creadoras unidas, ó más bien, confundidas para crear á los cuatro astros cronológicos, está representada de elocuentísimo modo en una de las lápidas del Museo.

El catálogo la describe de la siguiente manera: (5) «Es una losa esculpida en bajo relieve por sus dos caras. En la anterior, la diosa (con diadema de plumas ó llamas, cuyo joyel es una especie de *momoztli* coronado por una pilastra) lleva su saya con orla de estrellas, quesquémil, pulseras y orejeras de pinjante. Aplica las dos manos sobre su pecho y ostenta una especie de bezote.—En la cara posterior de la losa, cuatro sujetos hincados sobre una rodilla levantan sus rostros hacia el cielo en actitud deprecativa.—Alt. 1.08 Lat. 0.39.» (6)

(1) Id., tomo V, Lámina VIII.

(2) Página 75.

(3) Página 90.

(4) Es de llamar la atención la semejanza de la forma de la *Cuetzpalin* metamorfoseada, con la que Herschel da á la vía-láctea. Comprendemos que de ésto no puede sacarse ninguna consecuencia; y solamente consignamos el hecho.

(5) Página 31.

(6) El Sr. Troncoso, en el Catálogo de la sección de México en la Exposición histórico-americana de Madrid, tomo II, página 417, llama á la deidad de esta losa CITLALINICUE, «la de la

Vamos á completar la descripción. La deidad es una mujer, como se ve por su quesquemil, su huipil y su cueitl. El quesquemil semeja un rayo de luz, que cae sobre un medio círculo, el cual continúa en líneas rectas á los lados, y forma la orla del huipil. La del cueitl se compone de cinco estrellas. Sus orejas son redondas como astros, y de cada una cae un pinjante, cuya forma nos parece también astronómica. De los labios de la figura sale su lengua bastante maltratada. En la parte superior del tocado, sobre la frente, tiene siete puntos ó círculos. Su tocado se compone de una pirámide envuelta en llamas, sobre la cual se levanta un *Xipe*, y en la que se enrosca una culebra, cuya cabeza sale á la izquierda en la parte superior.

Es la diosa *Omecihuatl*, es decir, la vía-láctea como deidad creadora. Pero la pirámide de su tocado corresponde al dios creador: á ella la califica cuando está en sentido inverso. Las llamas que rodean la pirámide también están indicando al dios del fuego. El *Xipe* (1) que la corona, manifiesta su poder creador. Solamente la culebra se refiere á la deidad femenina. El todo representa al fuego creador obrando sobre la vía-láctea: y por esto de la boca de la deidad sale la lengua, símbolo del fuego y de la luz, que ésta recibe de aquel. El resultado de tal creación se ve en la parte posterior de la losa: las cuatro figuras hincadas en tierra son los cuatro astros cronológicos. Por ser esta deidad la vía-láctea, sus adornos y joyas son naturalmente estrellas: estrellas sus orejas y pinjantes, estrellas caen de la orla de su cueitl, y dos grandes estrellas lo adornan. El rayo de luz del quesquemil entrando en el medio círculo de la orla del huipil, nos recuerda el signo del año. Todo es astronómico en esta figura, porque la diosa que representa es la madre de los astros.

La idea de esta losa es la misma que la de la pintura de la página 10 del Códice Borgiano: el fuego, obrando sobre la vía-láctea produce los cuatro astros cronológicos. Esto identifica á la *Cuetzpalin* con la *Omecihuatl*. Por lo tanto la *Cuetzpalin* es representación de la vía-láctea; y cuando dice Sahagún, que donde está la lagartija verde fenecen los muertos, debe entenderse que en la vía-láctea acaba el viaje de los difuntos, y que allí se aniquilan para siempre.

Todavía vamos á tener la confirmación de estas ideas, en una rara urna cineraria de mi colección. (2)

Fué encontrada cerca del río de Papantla: pertenece, pues, á la raza totonaca. Es de barro amarillento, como toda la cerámica de aquella región. Mide 29 centímetros de largo, por 19 de ancho y 18 de altura. Sus cuatro ángulos están formados por canillas de muerto. En el borde superior y en el inferior está adornada con orlas de calaveras. Son 52 en la parte superior: 16 en cada uno de los lados largos, y 10 en cada uno de los angostos. Otras 52 están en la parte inferior, repartidas de la misma

---

saya de estrellas.\* El Catálogo del Museo sigue esta clasificación. En mi concepto el Sr. Troncoso se preocupó solamente de las cinco estrellas que tiene en la orla del cueitl; pero que son un accidente ornamental propio de la deidad, y no constituyen sus atributos especiales y característicos. Así hemos visto en el manto del *Totec* de Tehuacan, pintados astros propios de su genérico *Xiuh-tecuhtli*, sin que ésto dé su clasificación.

(1) A propósito del *Xipe*, dijimos en la página 298 que los tarahumaras conservaban el culto de las partes genitales. Mi buen amigo el P. Aquiles Gerste, en carta de Fiésolle del 3 de Febrero, hace una importante rectificación. Dice que no vió el culto del *Xipe* entre los actuales tarahumaras. «Donde hay la representación, escribe, es en uno ó varios de los objetos muy antiguos que recibí en *Casas Grandes*.» Esto sin duda confirma más nuestras ideas, porque las Casas Grandes fueron construidas por los nahuas, y por lo tanto éstos tenían ya el culto del *Xipe*.

(2) En las láminas anteriores, las figuras están reproducidas en su tamaño natural por medio de la fotocromolitografía, lo cual les da una completa exactitud. En ésta fué preciso reducir el tamaño de la urna al de la misma lámina; pero empleando siempre la fotografía.



*Urna cineraria totonaca, de barro.*





manera. 52 eran los años del siglo mexicana, y 104 los de la edad ó *Huehucliztli*. Estos dos cielos nos dan las calaveras de cada una de las orlas separadas, y de las dos unidas. Que la urna representa el *Mictlan*, no puede dudarse, dados los ornamentos que tiene. Pues bien: la deidad principal que está figurada en relieve sobre su cara más ancha, de ambos lados, es la *Omecihuatl*, es decir la vía-láctea. Lleva un penacho de plumas, y el *Cipacli* sobre la frente. El penacho está adornado, en la parte de atrás, con una gran estrella, de la cual caen como pinjantes otras dos estrellas. En la oreja tiene otra estrella. Lleva un collar con seis glifos. Entre sus labios abiertos se ve su lengua. Sobre el pecho muestra un signo, como de cuadrados concéntricos mal figurados, semejante al que se ve en la base de la pirámide de la *Omecihuatl* del Museo, que acabamos de describir. Su falda semeja mayas. En cada una de sus manos lleva un ramo, formado de una estrella con glifos. No puede dudarse de que es la diosa creadora de los astros, la vía-láctea. Pero á mayor abundamiento, la deidad masculina que la acompaña en las caras menores de la urna, es el dios creador. Tocado de plumas, astros por orejeras y pinjantes, collar con glifos, en la mano izquierda abanico ó ramo con glifos como la otra deidad, y en la diestra la hoja rara, cuyo significado aún no comprendemos, y que hemos visto al *Ometecuhli* en el *Xipe* de bronce de Palemke.

Con todo lo expuesto queda claramente demostrado, que el *Mictlan* estaba en la vía-láctea, y que en ella iban al fin de su viaje á perecer los difuntos, y á convertirse y confundirse con la materia madre de que habían salido. ¿Pero podremos precisar en qué lugar de la vía-láctea estaba? No olvidemos que el Sr. Troncoso piensa, que daban diversos nombres á los diferentes lugares de esa nebulosa. Bajo esta consideración, bien pudieron dar á lugar determinado de ella el nombre de *Mictlan*, y ser él el sitio especial adonde iban los difuntos.

Desde luego la circunstancia de llamarse *Mictlampa* el norte, hace creer que el *Mictlan* estaba en esa dirección de la vía-láctea. Bastaría sin duda esta sola consideración; pero bueno es buscar alguna confirmación jeroglífica. Al tratar de los nueve cielos, (1) dijimos que el del norte llevaba el nombre de *Ilhuicatl-Mictlampa*, y que en él estaban representados dos *tecpatl*, lo cual daba también el nombre de *Ilhuicatl-Ometecpatl*. Llamamos la atención sobre que este cielo estaba presidido por *Mictlantecuhli*. Esto á su vez nos explica por qué al norte le llamaban igualmente *Teotlapan*, ó sea «donde está el dios del fuego sobre el agua.» Recordemos que los muertos se presentaban á *Micllantecuhli*, antes de ir á perecer donde está la lagartija verde. Todo esto confirmaría suficientemente, que el *Mictlan* estaba en el norte de la vía-láctea; pero veamos la pintura relativa.

Es la de la página 32 del Códice Borgiano. Representa un gran cuadrado ceniciento y labrado, de la manera que hemos visto figuraban á la vía-láctea. Dentro de él hay otro cuadro rojo, y en su centro el *Ometecpatl*. Ésto nos basta para comprender que esta pintura representa el norte de la vía-láctea. Si observamos con atención la pintura, vemos que el *Ometecpatl* está sentado sobre una calavera toda sembrada de puntos rojos y amarillos, que semejan estrellas. En el centro de la orla nebulosa superior, está una figura blanca con cara de calavera, y que tiene cogida con la mano por la cabellera una cabeza de muerto. Las dos figuras de las esquinas de la misma línea, llevan cada una en la mano una calavera. En la línea inferior nebulosa, hay en el centro una figura roja, también con cara de calavera, y que también toma con la mano la cabellera de una cabeza de muerto. Las dos figuras de los extremos de la línea inferior tienen á su vez calaveras en las manos. Tanto en la orla derecha como en la izquierda, hay figuras con cara de calavera, que llevan en las ma-

(1) Página 276.

nos por los cabellos cabezas de muerto. Ésto es suficiente para decir, que la pintura representa el *Mictlan* en el norte de la vía-láctea. Pero á mayor abundamiento, debajo del cuadrado está representada gráficamente esa franja norte de la vía-láctea, con las garras de la deidad, y por cara una gran calavera. Para significar el norte, en el centro de la franja está el *Ometecpatl*.

Sin duda el lector habrá observado en cierta época del año, cómo la vía-láctea se extiende en el norte, inmediata al círculo polar, y de allí parten sus dos ramales en dirección del sur. Esa faja compacta del norte era el *Mictlan*, y allí llegaban á perecer los difuntos, y la materia muerta á confundirse con la materia eterna.

El dominicano Ríos, interpretando la figura 4 de la lámina I del Códice Telleriano-Remense, dice, en confirmación del rumbo del *Mictlan*, las siguientes frases: «Cada año quando hazian la fiesta de los muertos, mientras los sacerdotes hazian los sacrificios; todo el pueblo, cada uno en su casa, se subia sobre las azoteas de su casa, y mirando házia el Norte, hazian grandes oraciones á los muertos, cada uno á los que eran de su linage....»

Terminaremos tan importante punto con una observación. El viaje de los muertos duraba cuatro años. Vemos ya, cómo la cronología se impone en la misma teogonía, como se impuso también en las costumbres y en la historia. El período menor de la ciclografía mexicana era el de cuatro años: este período duran peregrinando los difuntos, antes de llegar á aniquilarse á la vía-láctea.

Ocurre pensar, que los indios fijaron este período de cuatro años en consideración de los cuatro astros cronológicos, por cuyos cielos iban á pasar los muertos. Lo cierto es, que por ellos pasaban para hacer su último viaje. ¿Acaso pensaban los mexicanos, que los muertos permanecían un año en cada uno de esos astros? No lo sabemos, aun cuando puede creerse por buena inducción lógica, pues cuatro eran los años de viaje, y eran cuatro también los astros por cuyos cielos ese viaje se hacía.

Lejos estamos de inferir por ésto, que los mexicanos creían en la pluralidad de los mundos; pero por lo menos los muertos hacían estancia pasajera en los astros, y volvían á la nada en la nebulosa madre de ellos.

Tales eran las sublimes concepciones de los nahuas sobre la muerte, y sobre la deidad que la presidía.